

por su concepción y ornamentación tienen poco de manchegas y de relación con aquella Plaza y que fueron en su tiempo como si en la Plaza de Santa María se hiciera ahora un edificio moderno de diez plantas, cosa que debe decirse en voz baja por si acaso sucede.

Cada construcción ostentosa, implantada como tumor floreciente en la carne viva de la Villa, fue acompañada y seguida de muchas incidencias y por lo que al Ayuntamiento se refiere, el afán de tirarlo fue tanto que llegó a demolerse sin tener otro domicilio y sin albergue propio estuvo hasta que le cedieron el Casino al cabo de bastante tiempo.

El espíritu emprendedor de la Dictadura halló el mejor acoplamiento en el espíritu renovador alcazareño creado por el ferrocarril y no era posible que aquel edificio tan viejo, tan al tropiezo de todo el mundo, se mantuviera en su sitio quitándole la vista al Casino.

Aquellos Ayuntamientos estuvieron constituidos por grandes amigos de mi infancia, incluso por familiares allegados y tuvieron un órgano representativo de opinión en el semanario EL DESPERTAR, que no fue el menor causante de esta hazaña.

No puede ponerse en duda el alcazareñismo de ninguno de aquellos concejales, pero hay que reconocer que el deseo de modernidad les impidió distinguir el oro del oropel y cedieron fácilmente a los aires de fuera que abatieron el edificio, sintiéndolo mucho, porque EL DESPERTAR, dándole el último adiós, decía: "apenados por tu desaparición, te damos el último adiós, en nombre de este Alcázar, que llora tu demolición al par que se conforta con la satisfacción del deber cumplido". Antes había dicho: "no ya por lo que afecta al ornato público, a la estética ni al buen gusto de que tanto hemos hablado, sino por la seguridad pública, la Casa Consistorial debe

ser derribada inmediatamente". Y lo fue, porque para corregir las deficiencias y darle seguridad hacían falta 10.000 duros y con ese dinero se podía vivir de alquiler hasta encontrar otra casa.

El último acto a que yo asistí en el recordado case-rón, después de haber hecho la crónica municipal en la última época de TIERRA MANCHEGA y durante toda la actuación de la conjunción administrativa, fue la recepción del general Martínez Anido como Ministro de la Gobernación, a la que me llevó D. Gonzalo acompañándole.

La demolición del Ayuntamiento fue una gran equivocación que se recuerda con pesar pero que se justifica por el arremolinado viento de modernización que nos fue dejando el ferrocarril. Sin ese espíritu, el clamor general hubiera impedido el derribo; con él, lo consentimos todos.

La Estación, que tanto bien ha hecho en Alcázar, nos ha cambiado hasta el punto de olvidarnos de lo nuestro. Y esa fue la verdadera causa de que se tirara el Ayuntamiento y de que se cayeran solas la mayoría de nuestras cosas propias.

*

*

*